



**ASUSTATE
PUES!**

Articulos basados
en cuentos, mitos
y leyendas acerca
de Matagalpa

Flores Orozco
Bryan Ariel

Lara Sobalvarro
Brandon Alfonso

Olivas Fernando
Josué

Osejo Galeano
Ojany Dimar

Peña Picado
Fransua Joel

**STICKER
COLECCIONABLE**



VOLUMEN 1

2025





**ASUSTATE
PUES!**

La Serpiente del Cerro Apante

—¡Oigan pues, animales! —gritó el Chocoyo, con la gorra sudada y el guaro en la mano
—.¿Ya se los contaron? ¿Lo de la culebra esa del Apante?
—¡Vos sos loco! —le responde el Cuajo, rascándose la panza—.
Siempre venís con cuentos de fantasmas, como si el guaro te hablara.
—No, no, esperate. Esta es verdad... lo juro por la tapa que me estoy tomando.
Y ahí va el cuento:
En lo más alto del Cerro Apante, vive una culebra tan grande que tiene la cola en una laguna, la panza cruzando la ciudad, y la cabeza asomada en la iglesia Molagüina. Esa culebra se mueve cada vez que la gente hace maldades... y cada vez que se mueve, la Catedral se raja. Pero no se ha soltado todavía porque está amarrada con tres pelos de la Virgen María.
—¡Cho jodido, eso es tener fe!
—dijo el Cuajo, casi creyendo.

II. La advertencia del Chevo
Entra Don Chevo, el más viejo del grupo, con su sombrero chueco y su voz de tambor seco.
—¡Es cierto lo que dice el loco este!
—dice señalando al Chocoyo—.



Yo era cipote cuando oí eso por primera vez. Y te lo digo en tres cosas pa' que se te quede:
Dos pelos ya se reventaron. Solo queda uno. Si se revienta, Matagalpa se va pa' abajo, arrastrada por agua, lodo y pecado.
Y solo hay una forma de que no pase: portarse bien. No robar, no chismear, y no andar borracho... tanto.
—¡Seaa caballo! —saltó el Chombo, que estaba dormido—. ¿Y si mejor le ponemos otra mecate?
—¡No funciona, so malvado! Esos eran pelos sagrados. De la Virgen misma. No hay mecate de hamaca que aguante eso.
Entonces el Chevo, el Chocoyo y el Cuajo se miran. El viento sopla raro, como cuando va a llover juicio.
Y el Chevo dice algo que se les queda grabado como tatuaje en tapa de guaro:
—El futuro de Matagalpa cuelga de un solo pelo.
Y ese pelo lo sostenemos todos... con lo que hacemos, decimos y callamos.

Los tres bolos se quedan callados.
Miran la ciudad.
Y por un rato, ninguno da otro trago.

De donde salio esa onda?

La leyenda cuenta que en el Cerro Apante, cerca de Matagalpa, duerme una enorme serpiente mítica. Esta criatura está oculta dentro del cerro y se dice que despertará cuando la humanidad se vuelva malvada o rompa el equilibrio natural. Su aparición traería destrucción como castigo por los pecados de los hombres. En algunas versiones, la serpiente cuida un gran tesoro y representa una fuerza ancestral vinculada a la naturaleza y la espiritualidad indígena.





Los Cadejos

Cuentan los majes de por allá por Molino Norte, como don Elías Pérez, un señor ya entrado en años con más de 70 pegan- do la vuelta por esas tierras, que por las noches, ya tarde cuando los hombres vienen de estar chuleando con las no- vias, se aparece un perro grande, robusto y blanco como la leche, que se les pega detrás sin molestar, como echándoles un ojo, hasta que los deja sanos y salvos en la casa.

Dicen que ese perro es el Cadejo Blanco, el cuate fiel del hombre que anda a deshoras. El que siente que lo viene si- guiendo ese animal, va tranquilo, como si llevara guardaespaldas. Todos los males se hacen a un lado, porque ese perro no se deja: pelea con lo que sea y siempre sale ganando por cuidar al compa que lo acompaña.

Pero no todo es bonito. También anda otro perro, pero ese sí es jodido. Es negro como la noche, bien grandote también, y con una mancha blanca en el pescuezo como si anduviera un collar. Ese es el Cadejo Malo. Ese sí es enemigo del hombre que anda jineteando tarde.

Yo era cipote cuando oí eso por prime- ra vez. Y Si ese se le atraviesa a uno en el camino, se le viene encima sin piedad, lo tumba, lo revuelca, lo deja todo ataran- tado, pero curioso, no lo muerde. El pobre queda hablando solo, con la lengua toda trabada, y al poco tiempo se va muriendo. La gente dice: "ese lo jugó el Cadejo" o "se lo llevó el perro ese."

Pero ojo, que ni el Cadejo Blanco es de aguantársela. Si vos te le ponés al brin- co, le gritás, lo corrés o le tirás piedras, también se emberrincha y te da tu buena zarandeada.

Y si el Blanco va escoltando a alguien y se topa con el Negro, ahí sí que se arma la gran riña. Se entran a mordidas, se hacen pedazos, hasta que el Negro se rinde y se va con el rabo entre las patas.

Dicen los campesinos que los Cadejos tienen unos ojos que parecen candelas, que hasta brillan en la oscurana. Y que esos bichos no se cansan, caminan toda la noche como si nada, y ya cuando va clareando, se esfuman.



De donde salio esa onda?

La leyenda del Cadejo en Nicaragua tiene raíces en la tradición oral indígena y mestiza, mezclando creencias precolombinas con influencias españo- las. Es una historia popular que ha pasado de gene- ración en generación en todo el país, especialmente en las zonas rurales. Esta leyenda tiene similitudes en otros países de Centroamérica, pero en Nica- ragua se ha adaptado con elementos propios del campo y el habla popular. Sirve como advertencia y enseñanza moral para no andar en malos pasos o de noche sin motivo





**ASUSTATE
PUES!**

Los Duendes en la Cueva de Santa Emilia

Nos cuenta don José Gregorio Rouk Siles, de Santa Emilia, que ya tiene sus 53 años: Había una doña que siempre se iba a lavar al río con su chavalo, y ese cipote todos los días hablaba con alguien, pero la señora no miraba a nadie y no le paraba bola. En una de esas veces que fue a lavar, el chavalo se le perdió, y ella se puso a buscarlo por todos lados, pero nunca lo halló.

Pasaron los años y nada que aparecía el chavalo, pero dicen que después de 27 años el güirrito volvió a salir, pero igualito, con la misma edad de 7 años, como si el tiempo no hubiera pasado.

Algo parecido pasó con una chavala que también desapareció y mucho tiempo después apareció donde doña Bertilda Membreño, otra vecina del lugar.

Don José dice que él los ha visto, que siempre salen en Jueves y Viernes Santo, y que andan tirándole piedritas y palitos a la gente que pasa por ahí, sobre todo si es ya de noche.

Y que con celular no se pueden grabar bien, que se visten de azul o verde, y que ya hay gente que ni les hace caso porque es normal que se aparezcan, tiren cosas, hagan relajo y hasta se roben chavalos.



De donde salio esa onda?

El mito surgió como una forma de explicar cosas extrañas que pasaban en los pueblos: niños perdidos, ruidos en el monte, cosas que desaparecían. También servía como advertencia para que los niños no salieran solos o desobedecieran a los adultos.

En resumen, la leyenda de los duendes en Nicaragua es una fusión de cosmovisión indígena y mitos europeos, transformada con el tiempo en un símbolo del folclor rural que todavía sigue vivo en muchas comunidades





**ASUSTATE!
PUES!**

El Sisimique

—Mirá, cipote, —dijo la abuela, soplando el café caliente—, las montañas no están solas.

Tienen guardianes, y no son militares ni policías...

Son espíritus grandes, callados, sabios, que viven cuidando hasta el canto de los grillos.

Y el más fuerte de todos, el que reina en los cerros más altos y los ríos más hondos, se llama el SISIMIQUE.

Dicen que camina parado, como si fuera gente,

Que tiene el pelo parado como escobilla vieja,

Y que mide como un niño, pero con fuerza de volcán.

—No es ni animal ni hombre —dice la abuela—, es montaña caminando.

—Ese Sisimique tiene los pies raros, — cuenta mientras revuelve la olla de pinolillo—:

un pie va pa' adelante... y el otro pa' atrás.

—¿Y cómo camina, abuela?

—Con sabiduría, animalito —responde—.

Porque así es la vida: un paso pal futuro, pero sin olvidar el pasado.

Y cuando camina, no deja huellas comu-

nes.

De sus manos no salen uñas ni garras... salen luces.

¡Miles! Como polvito dorado que cae sobre la tierra y la hace fértil otra vez! Donde pisa, el maíz crece más verde, Donde pasa, los ríos se limpian solos, Y donde respira, la montaña canta.

—Pero te voy a decir algo, mi niño —dice, mirándolo fijo, con voz de consejo viejo—: Al Sisimique no se le ve, se le siente. Él vive entre las piedras, los árboles, los bichos.

Y no le gusta que los cacen, ni los boten, ni los maltraten por deporte.

—Dicen que si lo buscás por juego, la montaña te traga, que si lo ofendés, te perdés sin regreso, y que si te burlás, te enredás entre raíces hasta olvidar tu nombre.

Pero si lo honrás, si cuidás a los animalitos, si no botás por botar... el Sisimique te guía.

—Él no castiga —dice la abuela—.

Él enseña.

Pero si no aprendés, entonces que te salve tu sombrero, ¡so malvado!

De donde salio esa onda?

La leyenda del Sisimique en Matagalpa, Nicaragua, es una de las muchas historias del folclor popular que se transmiten oralmente de generación en generación, especialmente en las zonas rurales del país. Aunque no hay una fuente oficial única sobre su origen, la figura del Sisimique es parte de un imaginario mitológico más amplio que combina elementos indígenas, afrocaribeños, muy comunes en la tradición oral de Centroamérica





ASUSTATE
PUES!

Las Esferas de Fuego del Cerro el Toro

Mirá, los abuelos cuentan que por ahí, cerquita de esa falda grandota y bien pintona de la madre tierra —la mera guardiana de Matagalpa, el Cerro Apante— vive una fuerza brava, como de un guerrero serio: el Cerro del Toro. Dicen que el maje es bonito pues, que es parte del mismo cerro y sale como una estatua hecha por la tierra misma... y que está vivo, vos.

La gente viejita de ahí jura que han visto cómo ese cerro conversa con los otros cerros. Que desde sus patas, bien clavadas en la madre tierra, donde se alimenta de agua y oro, sale como una voz. Y que en las noches, maje, el Cerro del Toro se prende, como si lo enchufaran, y empiezan a salir unas bolonas de oro, bolas de luz, como bolas de fuego, que se ponen a

bailar y se van volando pa'l Cerro El Ocote.

Toda esa falda sagrada queda llena de lucecitas. Y también dicen que del Cerro Grande —que es parte del combo sagrado de la señora Apante— por la casa de don Chucho Herrera, salen esas mismas bolas de fuego y se van a echar la hablada con el gran guerrero, el Cerro del Toro. Como que chocan ahí entre las piedras, y otras bolas de luz agarran viaje pa' Matagalpa, brincando de cerro en cerro, como que van bailando regado el camino.

Dicen que es como si un mantel de estrellas saliera de la madre tierra pa' iluminar el traje de la guardiana de Matagalpa, el Cerro Apante, de donde vienen los ancestros de esas tierras.

De donde salio esa onda?

La leyenda del Cerro del Toro y las bolas de fuego se origina en la tradición oral indígena y campesina de Matagalpa, donde desde tiempos ancestrales los cerros son vistos como seres vivos, guardianes y guerreros que se comunican entre sí. Los abuelos cuentan que en las noches se veían luces moviéndose entre Apante, El Ocote y el Cerro Grande, interpretadas como espíritus, oro vivo o señales de los cerros sagrados. Con los años, estas historias se volvieron parte de la identidad cultural matagalpina, mezclando creencias indígenas, observaciones naturales y el profundo respeto del pueblo por sus montañas.





**ASUSTATE!
PUES!**

Yasica y Yaguare

Mirá, se cuenta entre la gente de por aquí que hace ratos, en tiempos bien antiguos, vivió una pareja de muchachos enamorados que se llamaban Yasica y Yaguare. Dicen que se conocieron por pura casualidad, echando paso por el sendero que ahora lleva a la Cascada Blanca, pero en aquel entonces ese hoyo ni cascada tenía, era más bien un gran cráter que dejó un meteorito, un hueco profundo donde nadie se metía.

Como los dos eran de tribus distintas, y en esos días estaba peludo el asunto con las tribus Caribes —que vivían atacando y metiendo miedo—, estaba prohibido que se juntaran con gente de otra tribu. Pero el amor, ya sabés cómo es, no le hace caso a prohibiciones. Así que ese hueco era su escondite secreto, su rinconcito de amor donde nadie los veía.

Un día, el tata de Yaguare se va de caminata y ¡pum!, los agarra con las manos en la masa, bien juntitos. El señor, que era buena gente y sabía guardar secretos, no armó relajo. Más bien, se quedó callado y solo le dijo a su hijo que ya

sabía lo que pasaba. Pero vos sabés que en los pueblos todo se sabe tarde o temprano, y las familias de los dos cipotes terminaron enterándose. Como era de esperarse, los separaron. A Yasica la mandaron pa' La Dalia, y a Yaguare se lo llevaron pa' Jinotega. Pero cuando hay amor del bueno, ni la distancia puede con eso.

Con el tiempo, los muchachos se las arreglaron para volverse a ver, siempre en su lugarcito secreto. Pero esta vez, los padres llegaron de sorpresa y los agarraron de nuevo. Ahí fue donde Yasica y Yaguare, sin pensarlo dos veces, se abrazaron bien fuerte y se lanzaron juntos al cráter.

Dicen que justo cuando cayeron, una lágrima de Yasica tocó la tierra, y de ahí brotó el agua que hoy conocemos como la Cascada Blanca. Hasta el sol de hoy, nadie ha encontrado los cuerpos, y muchos dicen que su espíritu sigue rondando el lugar, cuidando su historia de amor eterno.

Aquí en Matagalpa, nadie se olvida de esos dos tortolitos. Su historia sigue viva entre la gente, entre las piedras y el agua que cae sin parar, como el amor que nunca se apagó.

De donde salio esa onda?

Esta leyenda tiene raíces precolombinas, y se mezcla con la cosmovisión indígena, donde la naturaleza (ríos, montañas, animales) tiene alma y sentido espiritual. La historia de Yásica y Yagüare también funciona como una explicación mítica del origen de los ríos del norte, cargada de valores como el amor prohibido, el sacrificio y la unión con la tierra.



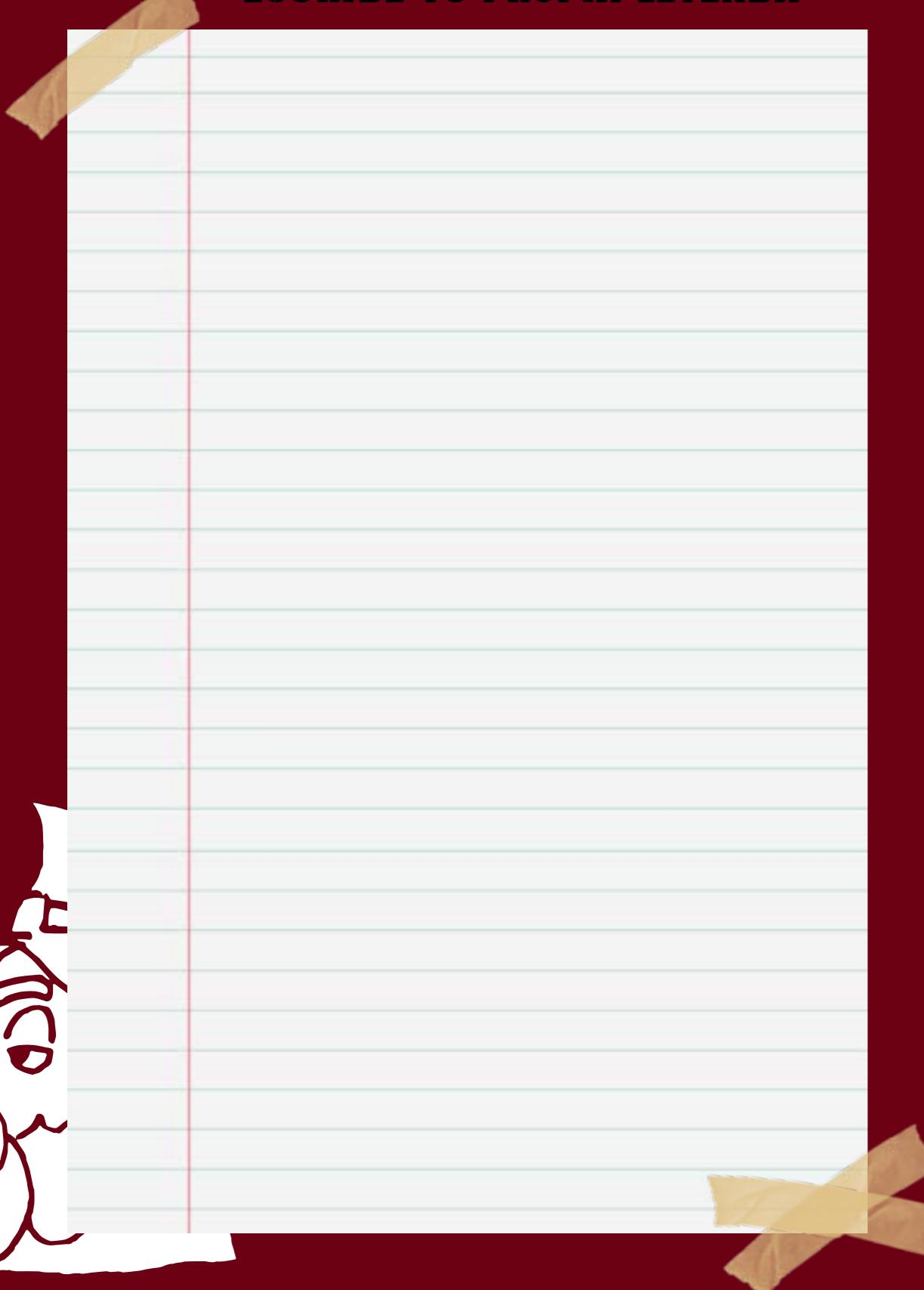


TE RETO PUES!

VEAMOS QUE TAN VALIENTE SOS



ESCRIBE TU PROPIA LEYENDA



VISITA Y TOMATE UNA FOTO
EN LOS LUGARES



TUS FOTOS





Esta revista no es cualquier cuentito para dormir... Aquí vas a encontrar mitos y leyendas que han hecho temblar a más de uno en los rincones más escondidos de Nicaragua. Son historias contadas por la gente del pueblo, esas que pasan de boca en boca, y que no sabés si son verdad... o algo peor.

LEE

BAJO

TU

PROPIO

RIESGO!

Dicen que hay cuentos que, con solo leerlos, ya se te pega la mala vibra... Así que si empezás a sentir frío, o a oír cosas raras mientras leés, no digás que no te avisamos.

